

á Colombia, después de triunfar juntas en Boyacá, Carabobo y Pichincha.

Y nosotros, católicos y colombianos, hijos de la Iglesia y de la Patria, ¿ hasta cuándo desgarraremos con nuestros odios fratricidas el corazón de nuestra Madre la República? Juremos hoy, ante el tabernáculo del Dios de nuestros mayores, del Dios de Colombia, inmolar nuestros rencores insensatos, sin renunciar por eso á lícitos ideales, que cuando van dirigidos por la justicia y animados por la caridad, antes favorecen que impiden el engrandecimiento nacional.

Ignoro lo que guarde la segunda centuria de nuestra vida independiente. Mas si, lo que no sucederá nunca, el fuego del patriotismo se apagare algún día en esta tierra tan amada, id á buscarlo entonces, y lo hallaréis intacto, en el corazón y en la mente de los Obispos y sacerdotes colombianos.

~~~~~

## LA BANDERA COLOMBIANA

¿ No oís? Es cual la voz de gran torrente,  
 Con las lluvias de Dios acrecentado,  
 Que baja de los Andes despeñado,  
 Raudo, tremendo, asordador, rugiente.  
 ¿ No oís más cerca ya? Se une á los ecos  
 El ruido de música guerrera  
 Que, en alas de los vientos desatado,  
 Colma el ámbito inmenso de la esfera.  
 Pero ved más allá cómo se avanza,  
 Entre un bosque de aceros refulgente,  
 Que del sol á los rayos reverbera,  
 Del pueblo entre la ola,  
 Al firmamento azul enhiesta y sola,  
 De nuestra patria la inmortal bandera.  
 Y sube al Capitolio, y los clarines  
 Sueltan su aguda voz; retumba el trueno  
 Del cañón en los últimos confines.

¡ Oh ! ¡ salve á ti, magnífica y sublime,  
Ungida con la sangre de los bravos  
Muertos en la pelea !

¡ Oh ! ¡ salve á ti, quemada por el fuego  
De las contrarias huestes ;  
Tú, poder, gloria y de la Patria idea !

¡ Oh ! la bandera de la Patria es santa,  
Flote en las manos que flotare ; ora  
Volviendo vencedora,  
Entre lluvia de flores

Al són del himno que su gloria canta,  
O de la adversa lid acaso vuelva...

¡ Oh ! ¡ de la Patria la bandera es santa !  
Y si hay un ciudadano que, pensando  
En el secreto de su alma, diga :

“ ¡ Está en indignas manos ! ” ese puede  
A su madre negar en su ira insana ;  
No tiene corazón, y entre sus venas  
Empobreció la sangre colombiana.

Quando lanzar un pueblo Dios dispone  
En la espléndida senda de la Historia,  
Da la señal de marcha ; y en la mano  
De sus caudillos pone  
El pendón que ha de guiarlo, cual un día  
Mandó sobre Jacob la parda nube,  
Que, flotando en el aire,  
Fue en el desierto misteriosa guía ;  
Y en el velo que al sol en onda suave  
Desarrollan los céfiros, escribe  
Con invisible dedo y caracteres  
Arcanos, que leer tan sólo él sabe,  
Cuál su rumbo será, si habrá bonanza,  
Qué tempestad vendrá, la hora de gloria,  
La hora del cautiverio,  
La del rescate y de la gran victoria.

Puso en una las águilas caudales  
Del claro, inmenso cielo emperatrices ;  
Un hacecillo en otra de los rayos  
Que procelosa nube al mundo lanza,  
Y en otra derramó de oro las lises.  
Como emblema de fuerza ó de esperanza,  
O de dominación ó de ruina.

Así á la verde Erina  
Dio el arpa gemidora  
Alto dón al que pena y al que llora ;

Y puso por presagio al gran destino  
Que reservó á la Iglesia,  
Sobre el delgado lino

Que al vendaval de tempestad se mueve  
O al tenue soplo de favonio suave,  
Y en que juntó al vellón de pura nieve  
Un rayo de la frente de la Aurora,  
Del Pescador la milagrosa nave.

Y cuando crió á Colombia, generoso,  
Rasgó un jirón del iris radioso  
Que tras la tempestad alegre al mundo,  
Y lo entregó á Bolívar ; y Bolívar  
De triunfo en triunfo lo llevó, de donde  
Orinoco se lanza al mar profundo  
A donde el Potosí su nivea cumbre  
En la región del firmamento esconde.

Mas árbitras se juzgan,  
Dueñas de sus destinos las Naciones :  
Crean que cuando baja la Victoria  
A coronar sus fuertes campeones,  
Suyo es el triunfo y la victoria suya ;  
Mas ¡ ay ! que ignoran ellas  
Que la secreta tela de su historia  
Se teje entre las manos invisibles  
Del que es señor del mundo y las estrellas.



Dios fue quien á las águilas romanas  
 De ciudad en ciudad llevó volando  
 En los antiguos días  
 Hasta el confín del orbe, preparando  
 La paz universal á su Mesías;  
 Dios quien hizo salir de las regiones  
 Al aterido polo más cercanas,  
 De bárbaros innúmeras legiones,  
 Y al Mediodía encaminólas, cuando  
 Quiso purgar la tierra  
 Con la espantosa plaga de la guerra.  
 Y cuando, lleno de clemencia, quiso  
 Dar una muestra de su amor profundo  
 Mostrando al Viejo Mundo  
 Este, hasta allí, velado Paraíso,  
 Llamó á Colón, y le mostró la senda  
 De América al confín del Océano,  
 Al través de las nieblas y huracanes  
 Y tempestad tremenda;  
 Y Colón, obediente,  
 Venciendo el ciego caos,  
 Cruzó el férvido Atlántico animoso  
 En tres frágiles naos,  
 Y el pendón de Castilla glorioso  
 Plantó al fin en la tierra de Occidente.

Dios sacó de la inmensa muchedumbre  
 De nuestra tierra un hombre  
 Que distinguió entre todos: era un mundo  
 De nobles pensamientos su cabeza;  
 Su espíritu, tesoro inagotable  
 De fuerza y voluntad: él conocía  
 Del corazón de los demás las sendas,  
 Y elocuente sabía  
 Cómo hacer poderosa su palabra;

Y así, cuando de golpe aparecía  
 En medio del combate, del soldado  
 El pecho palpitaba, cual si viera  
 O la faz de su madre placentera  
 O el bello rostro del objeto amado.

El se llamó Bolívar, y doquiera  
 Fue símbolo del pueblo: en la batalla  
 Y bajo de dosel, y hasta que á orillas  
 Del mar ferviente halló la paz que sólo  
 En el silencio de la tumba se halla.  
 De su caballo al escuchar el trote  
 Temblaba el corazón, y á los reflejos  
 De su fulmíneo acero se cubrían  
 De palidez las frentes, y doquiera  
 Que rápido pasaba, la Victoria  
 Derramaba laurel en su bandera.  
 Soplaba: el yerto polvo de las fosas  
 Del esclavo tornábase fecundo;  
 Y tres grandes Naciones de repente  
 Se alzaron de él, de gloria radiosas,  
 Con pasmo universal de todo el mundo.  
 Murió; y callaron los heroicos hechos,  
 Mas como el sol tras la última colina  
 Del Occidente azul su disco inclina  
 Y cae en un abismo de oro y llama;  
 Y enmudeció la trompa de la Fama,  
 Y tan grande vacío hubo en la Historia,  
 Que colmarse hasta ahora no ha podido  
 Ni en patriotismo, ni en valor, ni en gloria.

Su portentosa vida,  
 De excelso honor y de dolor tejida,  
 Será en edad lejana  
 La mayor epopeya americana.  
 Las lirás de los bardos  
 Que lloren la tristísima elegía

Bajo los sauces de su tumba fría  
 Inmortales se harán, pues su alto ejemplo  
 Tal reguero de luz deja, que nadie  
 Se atreverá á seguir sus nobles huellas  
 De la inmortalidad al santo templo.

El amaba la Patria ; mas la Patria  
 No era sólo para él la hermosa tierra  
 Que, como con un velo,  
 Arropa el combo cielo,  
 Y reverente encierra  
 Las cunas de los hijos y las tumbas  
 De nuestros padres caras ;  
 Que en su seno también firmes reposan  
 De nuestro Dios las bendecidas aras :  
 Y fue así como en su hora soberana,  
 Pronto á dejar el mundo,  
 Se envolvió en la Bandera Colombiana,  
 Y con amor profundo  
 Pronunció, lleno de esperanza, el nombre  
 Del que murió por libertar al hombre.

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

## DISCURSO

del Sr. Presbítero D. Jenaro Jiménez, colegial y Vicerrector del Colegio del Rosario, en la fiesta con que el Claustro celebró el Centenario de la Independencia

Imposible declinar el honor que se ha dignado discernirme el Sr. Rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, nombrándome para que lleve la palabra en el acto literario con que el celeberrimo Instituto celebra la más gloriosa fecha que anotan sus anales en su vida larga ya de tres siglos.